



CORTES GENERALES

SESIÓN SOLEMNE

Año 1999

VI Legislatura

Acto Parlamentario con motivo de la visita a las Cortes Generales del Excelentísimo señor Jacques Chirac, Presidente de la República Francesa, celebrado el martes, 5 de octubre de 1999, en el Palacio del Congreso de los Diputados.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. FEDERICO TRILLO-FIGUEROA MARTÍNEZ-CONDE

SUMARIO

Se inicia el acto a las cinco y diez minutos de la tarde.

- Discurso del señor Presidente del Congreso de los Diputados (señor Trillo-Figueroa Martínez-Conde).
- Discurso del señor Presidente de la República Francesa (señor Chirac).

Finaliza el acto a las seis de la tarde.

Se abre la sesión a las cinco y diez minutos de la tarde.

El señor **PRESIDENTE**: Se abre la sesión de Cortes Generales.

Señor presidente, señorías, señor presidente de la República Francesa, bienvenido a la casa de todo el pueblo español.

Las Cortes Generales se reúnen hoy en sesión conjunta del Congreso y del Senado en este histórico hemisiciclo, para recibir al presidente de la República Francesa y expresar así, solemnemente, la trascendencia que los representantes del pueblo español otorgan a vuestra visita y a las relaciones con vuestro país, y la determinación con la que contemplamos nuestro futuro común. Os rogamos, pues, señor presidente, que llevéis nuestro saludo, lleno de afecto y respeto, al gran pueblo francés y al Parlamento de la República.

En octubre de 1993, Su Majestad el Rey, don Juan Carlos I, tuvo el singular honor de intervenir ante la Asamblea Nacional de la República Francesa. Desde 1919, cuando tomara la palabra ante esa histórica tribuna el presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, ningún jefe de Estado extranjero había sido objeto de semejante distinción. Al invitarle, señor presidente, a intervenir hoy ante las Cortes Generales de España, hemos querido también corresponder al alto honor que los representantes de vuestro pueblo concedieron entonces a nuestro Rey y que subraya la dimensión parlamentaria y genuinamente democrática de nuestras relaciones en este momento de nuestra historia.

Permitídmeme además, señor presidente, que destaque la larga trayectoria parlamentaria de quien hoy ocupa, por decisión soberana de su pueblo, la más alta magistratura de la República Francesa. Sois un visitante ilustre, pero habéis sido también un parlamentario, y como los parlamentos democráticos no tienen fronteras entre sí, sabed que estáis en vuestra casa por derecho propio, el derecho bien ganado de haber llevado durante años al Parlamento francés la voz y la palabra de vuestro pueblo, en defensa pertinaz de la libertad y de la democracia.

Como subrayabais anoche, junto a nuestro Rey, la historia, el pensamiento y el arte han entrelazado la existencia y el devenir de nuestros pueblos a lo largo de los siglos, desde los albores de esa realidad geográfica y cultural que llamamos Europa. Esa Europa que no puede entenderse sin la herencia histórica de figuras como Carlomagno o el emperador Carlos, visionarios desde hace siglos del sueño europeo que en este siglo hacemos realidad. Uno de nuestros grandes pensadores, don José Ortega y Gasset, afirmaba que «Europa como sociedad existe con anterioridad a la existencia de las naciones europeas», y recordaba que las naciones de Occidente se fueron formando poco a poco como núcleos aglutinantes de socialización dentro de la más amplia sociedad europea que, como ámbito social, preexistía a ellas. «Europa —escribía

Ortega— no es sólo ni tanto futuro cuanto algo que está ahí ya desde un remoto pasado; más aún, que existe con anterioridad a las naciones hoy tan claramente perfiladas». Y Paul Valéry, por su parte, mantenía que «el hombre europeo no se define por la raza ni por la lengua ni por las costumbres, sino por las aspiraciones y la amplitud de la voluntad». Aspiraciones comunes y amplitud de la voluntad han quedado patentes en nuestras relaciones a lo largo de la historia. Como es habitual entre pueblos vecinos, ha habido entre nosotros episodios de enfrentamiento y de incompreensión en determinados momentos de nuestra larga convivencia histórica, que han reforzado nuestras señas de identidad específicas sin detrimento, antes al contrario, de lo que nos es común. No podía ser de otra manera entre dos pueblos que probablemente han protagonizado la más antigua experiencia de relación entre dos Estados-nación, porque Francia y España fueron los primeros Estados-nación de Europa y nuestra relación de vecindad es, por tanto, la más antigua del continente. Por eso, nuestra historia común está también plagada de grandes momentos creadores y de nobles anhelos compartidos, creaciones y anhelos alumbrados por dos grandes y antiguas naciones, configuradoras de la historia de la civilización occidental y muy concretamente hacedoras de Europa. Dos países que desean seguir dando una contribución decisiva y en pie de igualdad a la gran tarea de la construcción de la Europa unida. Dos naciones unidas ahora en el presente por el compromiso en la culminación de esa realidad política, económica, jurídica y social. Ello exige un constante esfuerzo de concertación entre los grandes Estados que la componen, especialmente ahora que nos encontramos en vísperas de una transformación institucional, tan necesaria para acometer las futuras ampliaciones de la Unión. Esa Europa que soñó con lucidez Jean Monnet y que el concebía no como una mera expresión geográfica, sino como el resultado de la unión fecunda de sus pueblos. La Europa del equilibrio entre sus partes que no tiene sentido sin el todo. La Europa de Estrasburgo o Salamanca, la Europa unida por el camino de Santiago, la Europa volcada al Mediterráneo en Marsella o en Barcelona, aquélla que orienta su futuro sobre la base firme de un pasado común.

España desea impulsar su colaboración con Francia en la Unión Europea y en los foros internacionales que compartimos; plasmar en la realidad cotidiana de nuestros pueblos, cada día, la sincera amistad que une a los dos países. Y esto significa que el diálogo y la colaboración entre España y Francia deben proyectarse en todos los campos y esferas; en el mundo económico, en la política exterior, en la cultura, en la realidad concreta y humana de nuestras ciudades y pueblos, en una pléyade de iniciativas que aporten dinamismo y juventud a nuestra privilegiada relación histórica.

En el campo económico las relaciones hispano-francesas pueden calificarse, sin lugar a dudas, de privilegiadas. La tasa de crecimiento de la exportación española a Francia ha sido casi el doble del alza registrada

por la exportación española total; y las importaciones españolas procedentes de Francia han crecido durante los últimos años más rápidamente que el conjunto de la importación española.

En el terreno cultural, el estudio del español en Francia está viviendo en los últimos años una etapa brillante, en constante progreso, que le ha llevado a convertirse en la segunda lengua más estudiada, con 1.700.000 estudiantes durante el presente curso. También en España el francés sigue ocupando un lugar preeminente en nuestro sistema educativo.

En el ámbito específicamente parlamentario deseamos que el Grupo de Amistad Francia-España, el más antiguo de los formados en estas Cortes, siga actuando como cauce permanente de comunicación y de diálogo entre nuestros parlamentos. La presencia entre vuestros acompañantes del presidente de la delegación francesa en ese grupo es una muestra más de vuestro interés por reforzar esa cooperación, que será inmediatamente correspondida.

España se ha sentido siempre parte de Europa. Pero no por ello ha descuidado los estrechos vínculos que le unen a sus países hermanos de Iberoamérica. Se ha señalado que España supo implantar en América la posibilidad europea y occidental. Borges decía con acierto que «América era el reflejo y la prolongación de Europa». Los países miembros de la Unión, y especialmente los que recibimos la sabia de la cultura latina, tenemos que fortalecer nuestro compromiso con ese gran continente con el que compartimos valores e ideales.

Junto a la dimensión atlántica y europea, nuestras relaciones presentan también una relevante dimensión mediterránea que alcanza a nuestros vecinos los países del Magreb y a todos los Estados de la ribera sur. El proceso euromediterráneo de Barcelona, que los parlamentos venimos sosteniendo e impulsando casi desde su inicio, pretende favorecer la estabilidad en la región a través de la atenuación de las diferencias en el nivel de vida entre las dos orillas y de un mayor diálogo político entre los Estados y las sociedades europeas y mediterráneas. Tenemos la responsabilidad ineludible de subrayar ante nuestros socios europeos la importancia que revisten los objetivos del proceso de Barcelona. Como señalara Fernand Braudel, el Mediterráneo es una hermosa ocasión para presentar otra manera de abordar la historia y, en nuestro caso, también de hacer el futuro.

La coordinación y la cooperación entre nuestros dos países en asuntos de terrorismo ha sido ejemplar y ha dado espléndidos resultados que, en parte, han hecho posible el esperanzador proceso en el que ahora nos encontramos. Quiero aprovechar esta ocasión solemne, señor presidente, para agradecer a Francia y a sus instituciones, que representáis, el apoyo que nos han prestado en nuestra lucha contra los enemigos del sistema democrático. **(Fuertes aplausos.)**

Vivimos en un mundo en profunda mutación —ayer noche también lo recordabais en el encuentro en el Palacio Real— que busca, en medio de tensiones y con-

flictos, un nuevo sistema de relaciones internacionales y que exige, en consecuencia, nuevos conceptos, nuevas ideas, nuevos modelos y representaciones y, sobre todo, nuevas políticas para poder interpretar y hacer frente a esa nueva realidad emergente en la escena internacional. Lo hemos comprobado dramáticamente con los acontecimientos que han tenido lugar este año en la región de Kosovo, en pleno centro geográfico de Europa.

André Malraux señalaba que Francia no es ella misma sino cuando manifiesta una parte de la esperanza del mundo, y Miguel de Unamuno decía, entre nosotros, que el alma española fue grande cuando se abrió a los cuatro vientos y se derramó por el mundo. Pues bien, señor presidente, en el nuevo orden que está naciendo, Francia y España tienen que ser capaces de manifestar una parte de la esperanza del mundo. Francia y España deben ser capaces de derramar por el mundo los valores que hoy encarnan la Constitución francesa de 1958 y la Constitución española de 1978.

Hace poco más de dos siglos, vuestros parlamentarios aprobaron la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que ha sido desde entonces una fuente de inspiración permanente para los amantes de la libertad. La historia del mundo contemporáneo no puede entenderse sin tener en cuenta las trascendentales transformaciones derivadas de la Revolución Francesa.

La construcción jurídica y política alumbrada por Francia en el tránsito del siglo XVIII al XIX tuvo decisiva influencia, tanto en el derecho continental como en todas las constituciones liberales modernas. Me refiero, claro está, al principio de la soberanía nacional, al principio de legalidad y de división de poderes en la formulación clásica de Montesquieu, así como al Código Civil de 1801 y al régimen administrativo, que allí tiene su origen, y a todos aquellos hitos tan fundamentales en la construcción jurídica del Estado de derecho, que es una cima del derecho público occidental de la que no se puede descender sino hacia la barbarie.

El año pasado se cumplieron también cincuenta años de la Declaración Universal de Derechos del Hombre de las Naciones Unidas, en buena parte fruto de la senda marcada hace más de dos siglos por los parlamentarios franceses. En el nuevo escenario mundial que se está diseñando, España y Francia deben aunar esfuerzos en defensa de todos los hombre y mujeres del mundo cuyos derechos de libertad e igualdad todavía son violados o ignorados por regímenes autoritarios o autocráticos sin escrúpulos. Usted mismo, señor presidente, ha señalado recientemente que el siglo XXI, después del actual en el que el hombre ha dado muestras de poseer una capacidad de creación y de destrucción sin límites, será necesariamente el siglo de la ética. Una ética que para todos los demócratas no puede ser otra que la ética democrática; la que tiene en el Parlamento —el templo del diálogo, de la deliberación por medio de la palabra— la institución más representativa de los valores sobre los que se asienta la democracia:

el reconocimiento de los derechos humanos, el principio de la libertad, el principio de la tolerancia recíproca y el sometimiento al imperio de la ley.

Señor presidente, Ortega y Gasset también se detuvo en analizar la figura y el pensamiento de Alexis de Tocqueville, a quien consideraba uno de los pensadores políticos más importantes del siglo XIX y, en ciertas calidades, el más seguro, riguroso y responsable. Ortega admiraba la intuición histórica con la que Tocqueville supo predecir el ascenso incontenible de la forma democrática como una marea viva que nadie podía contener. La democracia le parecía a Tocqueville un hecho irresistible, contra el cual no sería ni deseable ni prudente combatir, por lo que no dudó en proclamar su carácter inevitable.

Sin embargo, sabemos, señor presidente, que la democracia es un esfuerzo, una lucha cotidiana por la libertad. Esa es, señor presidente, la ética política que ha de presidir nuestro empeño común en la construcción de Europa y en la escena mundial, de manera que la acción mancomunada de Francia y de España, de nuestros pueblos, contribuya al triunfo, quiero también creer que inevitable, de la libertad, la igualdad y la fraternidad de todos los seres humanos.

Muchas gracias. **(Fuertes y prolongados aplausos.)**

Tiene la palabra el presidente de la República Francesa.

El señor **PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA** (Jacques Chirac): señor presidente, señora presidenta, señor presidente del Gobierno, señoras y señores ministros, señoras y señores diputados, señoras y señores senadores, primero, muchas gracias, y muchas gracias de todo corazón, por recibirme aquí esta tarde, en el sitio destacado de la democracia. Soy consciente del enorme privilegio que representa la invitación a un jefe de Estado por sus dos cámaras reunidas en Pleno. Son pocos los que, antes de mí, han tomado la palabra en este lugar y siempre fueron amigos muy cercanos de España, procedentes de países que tiene en gran estima. Esto tiene un valor muy profundo para mí.

Hoy, a través de ustedes, me dirijo a todo el pueblo español para transmitirle, de parte del pueblo francés, un mensaje de amistad y de solidaridad; un mensaje —para recoger las últimas palabras del presidente— de fraternidad.

La amistad de dos vecinos que a menudo fueron rivales y ahora se encuentran unidos en el proyecto europeo. La solidaridad de dos naciones antiguas que han dado forma a la historia, la de Europa y, a través de sus imperios, la del mundo entero. La fraternidad de dos pueblos orgullosos, firmemente apegados a su identidad, que quieren encabezar juntos los grandes combates del próximo milenio. Dos pueblos que asumieron siempre eminentes responsabilidades a escala mundial.

En nombre de Francia, a estos sinceros sentimientos de profunda consideración quiero añadir la admiración que sentimos por todo lo que España ha logrado —y es

algo considerable— en sólo una generación. Una sola generación para inventar, instaurar y arraigar la democracia. Quiero saludar en este recinto la admirable determinación de vuestro Soberano, Su Majestad Juan Carlos I, apoyado por todo un pueblo, cuando la democracia española resistía aquí mismo las últimas ofensivas de los nostálgicos del antiguo orden. Ese día, España mostró al mundo la potencia irresistible e irreversible del impulso democrático de su pueblo. Una generación para deshacerse de las rigideces heredadas del pasado y liberar su formidable vitalidad. Una generación para cambiar España. Una generación también para cambiar la imagen recíproca que España y Francia tenían.

En efecto, eso es lo que sucedió entre ambos países. Supieron desarrollar una relación intensa y serena. La relación de dos pueblos que hoy se estiman y cooperan entre sí, tras siglos de enfrentamiento entre las dinastías reinantes españolas y francesas a fin de lograr la dominación de nuestro continente, tras los momentos dolorosos de la ocupación napoleónica cuyo recuerdo sigue tan presente en España, tras décadas durante las cuales su país tuvo que vivir al margen de Europa. La relación, asimismo, de dos naciones que no dejaron de atraerse y cautivarse y que, por encima de los desacuerdos y tensiones, nunca cesaron de dialogar en la cúspide de la cultura y del espíritu.

Me refiero al Don Quijote de Cervantes, que marcara a generaciones de franceses con su nostalgia heroica. Me refiero a Pierre Cornielle al evocar, con el Cid, el alma indomable de España y de sus hijos, templada en la epopeya de la Reconquista. Me refiero también a Víctor Hugo, que se inspirara en su historia para escribir Hernani y Ruy Blas. Me refiero a Georges Rouault, que volvió a la austeridad trágica del Greco. Me refiero a tantos y tantos otros escritores y artistas franceses inspirados en España, su tierra, sus hombres, su carácter, su inventiva y su historia. ¿Qué sería el Art Nouveau sin Gaudí, el surrealismo y el cubismo —que con tanta fuerza marcaron el arte francés y el arte mundial en este siglo— sin Juan Gris, Dalí, Miró, Picasso y Buñuel?

A esta profunda atracción se une el respeto mutuo que sienten dos países poseedores de lenguas y culturas de gran proyección mundial todavía hoy; dos países cercanos, debido a su latinidad, su pertenencia a los conjuntos mediterráneo y atlántico y a la universalidad de su mensaje y su visión.

El ingreso de España en la Comunidad Europea dio una nueva dimensión a nuestra cooperación. Nuestros encuentros desde entonces son los que corresponden a dos interlocutores privilegiados que han institucionalizado su diálogo, ya sea que se trate del Seminario gubernamental o de la Cumbre que cada año reúne a los dirigentes de nuestros dos países.

No he olvidado nuestro encuentro de Salamanca, en diciembre de 1997, la vibrante amistad que nos rodeaba a lo largo de todo nuestro recorrido al interior del casco antiguo, ni la cálida acogida que nos brindara el presidente del Gobierno, mi amigo José María Aznar. El

año pasado, en La Rochelle, en nuestras entrevistas predominaron el mismo ánimo y la misma confianza.

Es cierto, ahora España y Francia están unidas por una relación excepcional. En primer lugar, en el campo de la economía. Francia, que se ha convertido en su primer cliente y su primer proveedor, es asimismo, con más de un millar de empresas, el segundo inversor en España. El tren de alta velocidad, que comunicará Madrid y Barcelona con Lyon y París vía Perpiñan, proporcionará dentro de cinco años una nueva dimensión a nuestros intercambios. Otros progresos espectaculares se realizarán próximamente en el marco de las relaciones entre ambos países.

Somos, asimismo, interlocutores privilegiados en el ámbito cultural. Con veinticinco Alianzas Francesas, dieciséis centros docentes y cinco institutos, Francia mantiene aquí su red más importante dentro de Europa y la segunda a nivel mundial. Soy consciente del lugar eminente que ocupa el francés en su sistema educativo. Hoy, más de un millón de jóvenes españoles estudian francés como segundo idioma extranjero, es decir, cuatro veces más que hace cuatro años. En Francia, donde su idioma siempre ha ocupado un sitio destacado, uno de cada dos bachilleres estudia español, uno de cada dos.

Nuestros intercambios universitarios y científicos, más importantes aún que los desarrollados entre Alemania y Francia, constituyen un testimonio de esta cercanía. El próximo mes, un encuentro organizado bajo el patrocinio de la Asociación Diálogo brindará la oportunidad para lanzar entre nuestros centros docentes y entre nuestros jóvenes nuevos proyectos de cooperación centrados en la investigación y en las industrias de vanguardia.

Somos interlocutores privilegiados esencialmente debido a la diversidad y la riqueza de los intercambios entre nuestros dos pueblos: 60.000 franceses se encuentran instalados en su país y aprecian la cordialidad y la calidez con la cual se les recibe; en nuestro país viven 200.000 españoles que se sienten en su casa. Hoy nos aportan una ayuda valiosa, así como no hace mucho lo hicieron aquellos de los suyos que acudieron, por un tiempo o definitivamente, para acompañar el fuerte crecimiento económico de Francia en la postguerra. Son millones los turistas españoles y franceses que cada año se cruzan en nuestra frontera.

Como interlocutores privilegiados supimos allanar los puntos litigiosos que con demasiada frecuencia ensombrecieron nuestras relaciones, pero que ya desaparecieron: el referente a la pesca, que durante largo tiempo constituyó una fuente de graves incidentes. Hace cinco años creamos una comisión mixta que reúne a los representantes de las administraciones y de los profesionales del ramo y se encuentra encargada de organizar las campañas de pesca. Desde entonces los incidentes desaparecieron. Y el contencioso agrícola. Cada año algunos elementos franceses organizaban manifestaciones, a veces violentas, en todo caso inaceptables, contra los camiones españoles; elementos que, como con certeza lo saben, eran sumamente mino-

ritarios y unánimemente desaprobados en nuestro país. Comprendo la emoción y la exasperación que ocasionaba aquí la repetición de tales acciones. Supimos reaccionar y para los productos más sensibles constituimos juntos una comisión similar a la establecida para la pesca. Se dieron instrucciones muy firmes a nuestros prefectos y a nuestros fiscales y desde hace dos años han sido eficaces.

Finalmente y sobre todo, nuestra cooperación en materia policial y judicial para la lucha contra el terrorismo es ejemplar. Ante ustedes, señoras y señores, quiero reiterar el compromiso de Francia de mantenerse al lado de España en su combate contra el terrorismo ciego. **(Fuertes aplausos.)** No es posible aceptar ninguna forma de recurso a la violencia en un país civilizado cuando todas las vías democráticas se encuentran abiertas a la acción política y a la expresión de las opiniones.

Interlocutores, señoras y señores, también lo somos en la construcción conjunta de Europa. Hace ya casi catorce años su país se unió a la Comunidad Europea y en seguida se convirtió en uno de sus primeros protagonistas y con certeza uno de sus paladines. España es un Estado miembro ejemplar y ahora forma parte del pequeño grupo de países que trazan el camino.

Es precisamente juntos como logramos hacer avanzar los grandes proyectos de construcción europea. Pudimos observarlo en la puesta en marcha del euro, en la cual España, gracias a su esfuerzo y una gestión unánimemente reconocidos a nivel internacional, ocupó desde un principio plenamente su lugar. Podemos observarlo en nuestra resolución conjunta de promover la ampliación dentro de nuestra Unión, y para preservar la eficacia de esta Europa ampliada tanto ustedes como nosotros sabemos que habremos de reformar nuestras instituciones.

Estamos, asimismo, de acuerdo —y hago hincapié en ello— en preservar las políticas estructurales y regionales que garantizan la indispensable cohesión entre los Estados miembros. La solidaridad se encuentra en el corazón mismo de la empresa europea. Ha de permanecer ahí. Juntos, una vez más, queremos construir un verdadero espacio europeo de justicia, de libertad y de seguridad. Dentro de diez días, a solicitud de España, el Consejo Europeo extraordinario de Tampere se va a reunir. Nos permitirá superar una etapa importante hacia este objetivo. Pero esta Europa más cercana a los hombres habrá de ser asimismo la Europa de la juventud, del conocimiento y de las universidades; un espacio común de cultura y educación, dentro del cual nuestros jóvenes puedan viajar, estudiar, aprender a conocerse mejor, abrirse a las culturas y a los valores de nuestro continente y forjar paulatinamente nuestra identidad europea, respetando esa diversidad que le brinda su inmensa riqueza.

Europa comenzó a existir en el territorio del espíritu. Salamanca se convirtió en uno de los principales centros del humanismo al acoger a estudiantes y profesores procedentes de París, de Cracovia y de Bolonia.

¡Que renazca entonces esa «República inmensa de espíritus cultivados» de la que hablaba Voltaire! ¡Que se afirme la gran mezcla de ideas y de hombres!

Hemos sabido construir la Europa de la economía. Hoy fijamos como nuestra prioridad la lucha contra el paro, contra la exclusión y por la dignidad del hombre. De esta manera construimos la Europa social, la Europa de los hombres. ¿Podremos al fin construir una Europa potente, capaz de asumir sus responsabilidades en la escena internacional, capaz de otorgar a nuestra Unión el lugar que ha de ser el suyo en el mundo multipolar del mañana? Responder a esta pregunta implica reconocer la necesidad y la urgencia de edificar la Europa de la defensa. La tragedia de Kosovo reafirma nuestra resolución de avanzar sin reparar en obstáculo alguno y dotar a nuestra Unión de una capacidad militar autónoma aplicada, según lo elija, dentro o fuera de la Alianza Atlántica, sin poner en duda, naturalmente, los lazos que unen esta Alianza.

Esta ambición, tanto ustedes como nosotros, la hemos traducido, la hemos plasmado en actos sobre el terreno, interviniendo juntos en Bosnia y en Kosovo, gracias a nuestras decisiones, uniendo nuestros esfuerzos dentro de las Eurofuerzas y del Eurocuerpo que hemos decidido transformar dentro de un año en Cuerpo de reacción rápida europeo, decisión conjunta de España y Francia. Quiero que mañana los europeos se fijen objetivos en el ámbito de las capacidades militares que estén a la altura de sus responsabilidades compartidas en una tarea ingente que va a exigir tiempo, pero es una condición para nuestra credibilidad internacional.

Francia se alegra de que un español, europeo convencido y de gran autoridad, don Javier Solana, haya sido nombrado alto representante de la Unión Europea para la PESC, después de haber sido secretario general de la OTAN y después de haber contribuido al pilar europeo de la Alianza. Este alto representante habrá de poder apoyarse lo antes posible, después de la toma de posesión de su cargo, en un comité político y de seguridad que, desde mi punto de vista, deberá ser para la Unión Europea el equivalente de lo que es para la OTAN el Consejo Atlántico. El comité político y de seguridad habrá de estar asistido, desde el momento de su creación, por un comité militar al cual se asociará progresivamente un estado mayor europeo. Como pueden observar, señorías, la afirmación de una seguridad y de una defensa europeas representa —y deberemos hablar de ello, por supuesto, de manera más detallada— el próximo gran desafío de nuestra aventura común.

Europa de los hombres y del empleo; fortalecimiento de la coordinación económica; Europa del conocimiento; ampliación de la Unión y reforma de nuestras instituciones; defensa europea. A partir del próximo 1 de julio estas serán las prioridades, después de concertar con sus interlocutores europeos, España entre otros, de la presidencia francesa. Deseo que en los próximos meses preparemos de manera activa esa presidencia junto con España. Una vez más, España y Francia se

asocian al invitar a Europa a fortalecer los vínculos creados por la Historia más allá de nuestro continente.

Desde luego, en el área mediterránea, donde se presentan oportunidades extraordinarias, la brisa de optimismo que sopla hoy desde el Magreb hasta el Machrek autoriza una firme reactivación del proceso de Barcelona. La familiaridad, desde hace mucho tiempo, de España y Francia con los países de la orilla sur les confiere una responsabilidad singular en la edificación de un espacio mediterráneo de paz y estabilidad, de cooperación y desarrollo. Con este ánimo propuse que, si las circunstancias lo permiten, evidentemente, se celebre durante el período de la presidencia francesa de la Unión la primera cumbre de todos los jefes de Estado y de Gobierno de los países de la Unión Europea y del área mediterránea. Me complace mucho el apoyo que el presidente de su Gobierno acaba de brindar a esta propuesta. Pero antes habremos de acompañar la reactivación del proceso de paz en Oriente Próximo, particularmente a través de la acción que se desarrolla en nombre de Europa por parte del embajador Moratinos.

También juntos iniciamos, como dijo antes el señor presidente, el acercamiento de la Unión Europea con América Latina, esa América Latina con la cual España mantiene los vínculos más fuertes creados por la Historia, por una comunidad de cultura y por la destacada acción que sus empresas han desplegado durante los últimos años en el plano económico. Se debe a la iniciativa de España y Francia la primera cumbre de la historia entre América Latina, el Caribe y Europa, que se celebró en Río el pasado mes de junio. Nos corresponde a nosotros, españoles y franceses, velar porque los logros de Río perduren a fin de que la cumbre de Madrid, que se celebrará en el año 2002, señale una consolidación decisiva del diálogo y de la cooperación entre nuestros dos grupos regionales. Esta es la ambición de España con el apoyo sin reservas de Francia.

Por último, señorías, España y Francia habrán de asumir conjuntamente sus responsabilidades a escala mundial. Nuestros dos países comparten los mismos valores, una misma visión del hombre y de las relaciones entre naciones; han de ser copartícipes del mismo proyecto, habrán de luchar uno al lado del otro para enfrentar las grandes batallas de nuestra época a fin de controlar y humanizar la mundialización. La mundialización y sus nuevos instrumentos han transformado la misión y el papel de los Estados, así como revolucionaron los conceptos de espacio y tiempo y han abolido múltiples fronteras. En este nuevo contexto, al Estado le corresponde organizar un entorno jurídico, social y económico que favorezca, en cada país y a nivel mundial, una competencia equitativa capaz de garantizar la dignidad de los hombres y la igualdad de oportunidades. Actuemos unidos para instaurar las nuevas reglas del juego que la realidad impone. Con la explosión de los intercambios humanos, comerciales y financieros ha surgido una sociedad mundial. Hemos de organizarla fortaleciendo las instituciones multilaterales y, en pri-

mer lugar, reafirmando el lugar de las Naciones Unidas, piedra angular de todo el sistema internacional y espacio único de elaboración democrática de los progresos de la conciencia universal y del Estado de derecho mundial, consolidando, a continuación, la legitimidad política de las instituciones financieras internacionales y, en particular, del FMI, organismo al cual corresponde velar por que todos los actores económicos respeten un verdadero código de la circulación para los mercados financieros.

Es necesario incrementar la transparencia y la vigilancia de los movimientos de los capitales. Hay que consolidar los sistemas bancarios a fin de prevenir crisis financieras como la que sufrió Asia y cuyo costo representó dos puntos de crecimiento para la economía mundial. Asimismo es necesario que los centros financieros *off shore* respeten las reglas del juego comunes. Es la mejor manera de luchar contra el lavado de dinero que se blanquea en estos centros donde, de acuerdo con las estimaciones, más de un billón de euros se escapan cada año a cualquier tipo de control.

Esta exigencia de reglas admitidas y respetadas por todos se aplica también al comercio, motor del crecimiento. La OCM, la más joven de las grandes organizaciones, ha de constituirse como árbitro indiscutible e indiscutido. España y Francia, junto con los otros países miembros de la Unión Europea, procurarán que así sea.

El mes próximo en Seattle, con motivo de la apertura de la nueva ronda de negociaciones internacionales comerciales, toda Europa defenderá al unísono sus intereses y sus posiciones. En tales negociaciones, lo que está en juego reviste un carácter fundamental, desde la cultura hasta las normas sociales, desde el medio ambiente hasta la seguridad en materia alimenticia.

Humanizar la mundialización también significa civilizarla. Significa luchar, como lo hacemos ustedes y nosotros, a favor de la diversidad cultural. Esta diversidad resulta indispensable para el progreso que, por esencia, surge a partir de la confrontación de sensibilidades e ideas. La mundialización constituye una oportunidad, pero también lleva en sí el riesgo de la uniformización. Los pueblos quieren intercambiar sus bienes, pero quieren conservar su alma. Habremos de unir fuerzas para volver a ganar la batalla de la excepción cultural. Hay que llevar una verdadera cruzada en la negociación de liberalización de los intercambios para que las obras del espíritu puedan seguir recibiendo en el futuro ayudas públicas, nacionales o europeas. Y juntos también ganaremos la batalla de los idiomas, algo vital para la diversidad, la creatividad y para la riqueza del mundo. Nuestras lenguas son la encarnación misma de nuestras identidades, expresan nuestros ideales, los valores humanistas con los cuales nos identificamos. Son portadoras de las raíces y de la memoria de todos los hombres.

Esta batalla de los idiomas habremos de presentarla primero a nivel europeo, imponiendo desde el colegio

la enseñanza de una segunda lengua extranjera. Pero también esta batalla debemos librarla a escala mundial, uniendo las familias latinas, hispanohablantes, francófonas y de habla portuguesa. En todos los continentes agrupan a cerca de mil millones de mujeres y hombres. Habrán de ocupar masivamente las nuevas redes de la comunicación, porque de ello depende su porvenir.

Como ven, señorías, mi mensaje al pueblo español es un mensaje de acción. Españoles y franceses tenemos muchas ideas que intercambiar, muchas ocasiones para trabajar cogidos de la mano, múltiples proyectos por realizar y tantos combates por librar juntos.

A través de los siglos, nuestras dos naciones a menudo se enfrentaron. El eco de nuestras batallas resonaba en toda Europa, y toda Europa por ello sufría. Afortunadamente, la rivalidad entre España y Francia ha pasado a la historia. Hoy en día, nuestros destinos están vinculados entre sí. Lo que avanza es la construcción europea y lo que progresa es una cierta visión del mundo, humana y generosa. Defendamos juntos esos ideales que son los nuestros, ya que juntos tenemos autoridad moral, peso político y la audiencia internacional.

Y al final de este viaje tan rápido, tan denso, para mí tan apasionante, tan fascinante, al final de esta visita, quisiera hacer un comentario inspirado en lo que he visto, he oído y he observado. Creo que hoy en día, España, con el impulso de sus autoridades, ha vuelto a encontrar el camino de la grandeza. Lo vemos desde el punto de vista del desarrollo económico. Hace un momento, el presidente hablaba de la importancia de las inversiones de España en América Latina y también en Europa. Lo vemos a nivel social, con los espectaculares éxitos de su Gobierno, desde el punto de vista de la lucha contra el desempleo. Lo vemos también a nivel europeo. Ahí España se ha elevado al primer plano en cuanto a la vía que hay que seguir. España ha salido victoriosa en los difíciles debates en torno a la Agenda 2000, en la difícil cumbre de Berlín. Lo vemos en el ámbito de la política exterior, en el Mediterráneo, en particular también en América Latina, en todo el mundo donde España ha vuelto a encontrar su vocación para llevar una política exterior ambiciosa y pacífica. Todo hoy permite a España y a Francia avanzar juntas en el camino futuro. Esto es lo que deseo, y estoy seguro de que lo lograremos. **(Fuertes y prolongados aplausos por parte de los señores diputados y senadores puestos en pie.)**

El señor **PRESIDENTE**: Muchas gracias, señor presidente.

Señorías, se levanta la sesión.

Eran las seis de la tarde.